

## LA ORACION

Una sangrienta y fanática multitud sale presurosa por una de las puertas de Jerusalén empujando delante de sí a un hombre cuyo único crimen había sido el ser un discípulo y seguidor del Nazareno, quien pocos años antes había pasado por la misma puerta portando su cruz. La multitud pide su muerte; y el hombre ya maltratado y tirado al suelo, es apedreado. Y mientras las piedras caen sobre él, ora, ora a aquel por quien está a punto de morir. Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y mientras las piedras siguen cayendo sobre él, logra incorporarse hasta arrodillarse y fuertemente clama: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y con esta oración en sus labios se duerme. Era Esteban: al morir, oraba; y mientras oraba, moría. Nada descomunal era eso, pues Esteban era un cristiano.

Entre los que allí estaban, había un joven, el cual no participó directamente en el apedreamiento, pero consintió plenamente en ello, pues cuando los otros lanzaban sus mortíferas piedras sobre Esteban, él cuidaba de sus ropas, y después se dice de él que respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor. Tal era su celo anticristiano que no le bastaban los creyentes de Jerusalén y buscaba más en Damasco. Pero en el camino hacia allá el arrestador fue arrestado. Una luz. Una caída. Una voz: Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Sorprendido pregunta: ¿Quién eres, Señor? Y le contesta: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Y el perseguidor pregunta luego todo abatido: Señor ¿qué quieres que yo haga? Luego oímos de él, que está en Damasco, enceguedido. El Señor habla a un discípulo, Ananías, para que vaya y lo vea, pero teme; ya había oído de ese cruel perseguidor de los cristianos. Pero el Señor le dice: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre. Y Ananías va, y lo encuentra orando. Un elemento escogido. Razón había porque estuviera orando.

Nada es imposible para con Dios. Saulo, quien antes respiraba amenazas y muerte contra los cristianos, ahora res-

piraba oraciones; y sus oraciones lo marcaban como un cristiano. La oración era una parte integral de su primera experiencia como cristiano y toda su vida religiosa subsecuente estaba marcada por lo mismo. Pablo siempre oraba. Eso era el primer testimonio del Señor para convencer a Ananías que Pablo era ahora un cristiano, y así seguía siendo. Antes como judío fariseo posiblemente también había orado; pero el contenido de su oración y la manera de hacerlo lo marcan ahora como un hombre cambiado, un cristiano.

Un cristiano no puede menos que orar. Esa es su vida. Así como un ser humano necesita respirar y esa su respiración es señal de que vive, así también es con la oración del cristiano. Necesita orar, y esa su oración es señal de su vida. Por eso cristianos siempre oran. La Sagrada Escritura está llena de ejemplos en tal sentido. Noé. Moisés. David. Daniel. Jesús.

Sí, la oración es una fase vital de la vida cristiana. Como el primer grito de un niño que nace es señal de su vida, así la oración es la señal de su vida regenerada. Y así sigue. Por intermedio de ella expresa sus muchas necesidades y responde a las misericordias divinas. Consciente de su indignidad, confiesa en ella sus pecados y ruega por perdón. Frente a las muchas dificultades y tareas difíciles de la vida implora a través de ella fuerza y dirección del Altísimo. Aborto en medio de las maravillas de la naturaleza, alaba en ella al Creador. Viendo tanto poder, bondad y misericordia divinas derramarse en su vida agradece por ello a su Bienhechor. Así siempre encuentra ocasión de orar.

Existen muchos conceptos erróneos sobre la oración. Para unos es un instrumento mágico para manipular el universo a su antojo. Para otros una especie de sedante psicológico para disminuir sus tensiones emocionales. Para otros una especie de gimnasia espiritual, una manera para fortalecer los músculos de la voluntad, un método para auto-sugestionarse. Para el cristiano la oración no es ninguna de estas cosas. Es mucho más. Es expresión de su vida cristiana. Es una fase vital de su vida. No puede menos que estar en comunión con su Dios por medio de la oración. ¿Puede el Señor decir eso de nosotros? Nos llamamos cristianos, pero ¿oramos también como cristianos? El Señor lo espera.

Es nuestro privilegio. Quiera este pequeño estudio ayudarnos en tal sentido.

Dios ha ordenado la oración, porque él quiere que oremos. Dice: "Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás" (Sal. 50, 15). "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano (Is. 55, 6). "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mt. 7, 7). "Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" (Jn. 16, 24). "Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt. 26, 41). "Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Ef. 6, 18). "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4, 6). "Orad sin cesar" (1 Ts. 5, 17). "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada" (Stg. 1, 5). "¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración" (Stg. 5, 13). Pasajes como estos donde se nos ordena la oración, podrían multiplicarse muchas veces. Vienen desde el principio mismo del mundo a través de todas las edades. Por eso, la oración no es sólo una evidencia de vida cristiana, no es sólo nuestro privilegio cristiano, sino es también un deber que se nos impuso.

Esta orden de Dios demuestra su deseo de comunión con el hombre. Cuando Dios hacia el final del sexto día había creado ya todo el mundo y todas las hermosas cosas que hay en él, le faltaba crear todavía una creatura, una con la cual tuviera comunión. Así creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó. Y lo puso en el jardín de Edén y lo visitaba allí. Sin embargo el hombre desperdició esa comunión. Pero Dios persistió y lleno de amor buscó restaurarlo al lugar que había perdido, y para ello envió como sabemos a su hijo. Y como consecuencia de ellos San Juan escribe: "Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn. 1, 3).

La orden de Dios también demuestra el ansia del alma humana por Dios, su necesidad de dirección divina y su deseo innato de entrar en contacto con aquel que es superior a él. Tomás Carlyle escribió cierta vez: La oración es y sigue siendo el impulso natural y más profundo del alma humana. Muchas veces se dice que no hay religión, por más rudimentaria que sea, que no tenga el elemento de la oración. No sé si ello es verdad, pues no conozco todas las religiones, pero sí sé que la necesidad de orar y el deseo de entrar en contacto con el Altísimo es universal.

La oración en sus variadas formas se encuentra prácticamente en todas partes. Nada hay que haya podido destruir con ello. Se lo practica en el budismo, confucianismo, en las laderas del Himalaya. Se lo practicaba entre los aztecas, en la antigua Grecia, entre los mahometanos y judíos. ¿Por qué entonces, siendo una función natural, encontramos gentes que no oran? Porque ahogan su instinto de oración, enorgulleciéndose de su autosuficiencia. Y no es nada imposible ahogar el deseo de oración, pero cuando sobrevienen crisis y desesperación, cuando lo oprimen el peso de grandes responsabilidades, entonces aun aquellos que ahogan ese deseo, dan lugar a esa tendencia natural y usan de la oración, aunque la hayan suprimido. Por lo tanto al suprimir la oración, el tal suprime una función en cierto modo elemental y natural del ser humano, pues el deseo de oración es universal.

Y si ya es así con el hombre natural, cuanto más lo es con el cristiano. La oración es algo esencial para el cristiano. Es algo básico. La única manera en que puede vivir verdaderamente como cristiano es practicando la oración. Una lámpara eléctrica por más buena y linda que sea, solita poco vale. Para que sirva debe estar conectada a una conexión eléctrica, entonces recién da luz y beneficia, pero aun ahí no por sí misma. Esa conexión eléctrica en nuestras vidas es la oración, que nos pone en contacto con Dios y nos provee el poder y la luz de lo alto. Por eso como cristianos oramos porque no podemos vivir sin ello. Necesitamos de ella.

Muchos ven en la oración nada más que una especie de

terapia espiritual. Dicen: Dejen que una persona ore en su aflicción si así lo desea. Aunque no haya un Dios que oiga y conteste oraciones, aun cuando las leyes de Dios sean inmutables y no estén sujetas a los caprichos y los antojos de los que oran, aun cuando mentes iluminadas reconozcan como completamente necia la oración, dejen que una persona ore en su aflicción, si así lo desea. Se sentirá mejor después de haberse deshecho de esa carga; y aunque ninguna deidad haya sido movida a una acción, él mismo se sentirá más fuerte o aliviado, según el caso, porque oró. ¿Por qué no ha de usarse de los beneficios de una tal terapia espiritual?

Pero pensar así de la oración es erróneo. Sería entonces nada más que un autoengaño aunque ayudaría. La oración es mucho más que una especie de terapia espiritual, y poco bien nos haría si fuera sólo eso. La oración es deseo: El salmista dice: "El deseo de los humildes oíste, oh Jehová" (Sal. 10, 17). Pero no todo deseo es oración. El corazón humano está lleno de deseos que continuamente buscan su satisfacción. Para transformarlos en oraciones deben primero ser zarandeados, corregidos, regulados y restringidos para que estén en armonía con la voluntad divina. El deseo debe ser el deseo de los humildes, que diga con el salmista: "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada en la tierra" (Sal. 73, 25). O sea, un deseo para que sea oración debe reflejar la voluntad de Dios, dirigida hacia Dios. De lo contrario cualquier deseo humano, caprichoso, bueno o malo, sería la fuerza que gobernaría el universo, lo cual no es aceptable y contrario a la voluntad de Dios. Nuestros deseos para que sean oración deben acomodarse a la voluntad de Dios.

Oración es petición. Se suele criticar la oración de petición, pues se cataloga de egoísta al cristiano que únicamente pide al Señor del universo por cosas que han de resultarle triviales. Y sin embargo, sáquese la petición de la oración y ella perderá el carácter que le quiso dar Dios al describirla como al niño que acude a su padre o cuando Pablo incita a los filipenses: "Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios" (Fil. 4, 6). Sáquese la petición de la oración y cuanto menos se oraría, y ya se ora demasiado poco. Si

nuestras peticiones fueran dirigidas a un Ser Supremo sordo y completamente indiferente a las necesidades humanas; a un Ser Supremo que sí nos escucha pero que fuera impotente de ayudarnos a causa de inmutables leyes que lo someten a él y a nosotros, entonces sí nada valdrían las peticiones. Entonces mejor nos resignaríamos y en lugar de perder tiempo orando trataríamos de encaminar esa dificultad lo mejor posible con nuestros propios medios y recursos. Pero teniendo la seguridad que Dios aparte de nuestras oraciones de agradecimiento y de alabanza se complace en nuestras peticiones y las oye también y responde a ellas, entonces no son despreciables ni vanas. Y la Sagrada Escritura nos da la seguridad que nuestras oraciones de petición no son vanas. Nos lo asegura por pasajes bíblicos, como los que hemos visto ya, y por ejemplo: Abraham orando por Sodoma y Gomorra; Moisés orando por los israelitas; Eliseo, los salmistas, San Pablo, Jesús mismo.

Oración es comunión, una conversación con Dios. Es nuestra respuesta a su invitación a venir, nuestro esfuerzo a entrar en comunión con Dios, comunión que él desea y en la cual él nos responde. Así como gustamos y gozamos conversar con amigos, así también debiera ser entre cristianos y Dios. La oración por lo tanto nunca debiera ser un recurso de último momento, para sacarlo de un apuro, sino un hábito diario. Cada día hay algo para preguntarle a Dios, contarle, conversar con él, nuestros pensamientos, nuestros planes, nuestras dudas; cada día debiéramos sentirnos impelidos a expresarle nuestro afecto, nuestra admiración, nuestra gratitud, cada día compartir con él nuestros goces y nuestras penas.

Pero siendo comunión no debe ser una conversación unilateral. Demasiadas veces se hace así. Le decimos lo que sentimos, lo que sabemos, lo que nos oprime, y nos vamos sin aguardar la respuesta de Dios ni dándole oportunidad para ello. Ahí conversamos sólo nosotros y no hay comunión. En nuestras oraciones debemos darle tiempo a Dios, para que nos responda, debemos darle oportunidad para hacerlo, ya sea para reprobarnos, consolarnos o instruirnos, ya sea iluminando nuestra mente o concediendo fuerza a nuestro corazón. Entonces hay comunión, esa relación que tanto de-

sea Dios con nosotros. Entonces cuando nosotros en respuesta a su invitación venimos a él y él en respuesta a nuestra petición viene a nosotros estaremos también más seguros del hecho de que nuestras oraciones son aceptadas al Padre celestial.

Entonces nuestra oración también gozará de la promesa divina de ayuda. Son muchos los pasajes bíblicos que nos prometen la ayuda divina en respuesta a nuestra oración. "Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás" (Sal. 50, 15). "Me invocará, y yo le responderé; Con él estaré yo en la angustia; Lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, Y le mostraré mi salvación" (Sal. 91, 15-16). "Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído" (Is. 65, 24). "Tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público" (Mt. 6, 6). "Pedid y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mt. 7, 7). "Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis" (Mt. 21, 22). "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho" (Jn. 15, 7). "De cierto, de cierto, os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará" (Jn. 16, 23). "La oración eficaz del justo puede mucho" (Stg. 5, 16). "Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye" (1 Jn. 5, 14). Todas estas sublimes promesas tienen como garante a Dios mismo, el cual cumple sus promesas. Y si eso fuera poco todavía está la garantía de que para redimirnos de acuerdo a su promesa no perdonó ni aun a su hijo Jesucristo sino que le envió hasta la cruz. Si hasta hizo eso, ¿cómo no hará lo otro que es mucho menor?

Y para confirmarnos ello, he ahí tantos ejemplos bíblicos que nos confirman que él cumple lo que promete, es decir, contesta las oraciones. Ahí tenemos los ejemplos de Eliseo, Ezequías, Zacarías, Pablo y Silas, etc., etc. Y ¿quién no lo ha experimentado todavía- Leí en un libro de cierto niño de 6 años de edad que prácticamente año tras año estaba al borde de la muerte. Durante 6 largos años luchaba con la muerte y oraba a Dios que le devolviera la salud. Pero ante

todo tenía una madre creyente, que entrañablemente amaba a su hijo, estaba hondamente preocupada por su salud y oraba por ello mismo a Dios como únicamente una madre en tales trances sabe hacerlo. En su angustia prometió a Dios que si restauraría su hijo a salud, dedicaría a este hijo al sagrado ministerio. Y el hijo mejoró justo a tiempo todavía para que la madre cumpliera con su promesa. Años después, cuando este niño ya estaba en el seminario, cierto día recibió una carta de su madre en la cual le comunica que su hermano estaba terriblemente enfermo y que el doctor le daba únicamente 8 horas de vida todavía. Esa noche este estudiante de rodillas imploraba a Dios para que devolviera la salud a su hermano. Y el hermano superó la crisis y se recuperó. En realidad, había superado la crisis ya antes de que el estudiante recibiera la carta de su madre y orara, pero él cree firmemente que Dios también escuchó su oración y restableció la salud de su hermano de acuerdo al texto bíblico: "Antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído" (Is. 65, 24). Años después, este mismo estudiante, ahora ya un hombre casado, debía ver como su mujer debía ser sometida a una delicadísima operación. Sus fervientes y desesperadas peticiones golpeaban nuevamente a la puerta del Altísimo. Un niño de año y medio necesitaba su madre. Pero la vida de la mujer y madre pendían de un hilo. Finalmente pasó la crisis, ella se recuperó, volvió a salud para alegría de su familia y confirmarlos en la seguridad de que Dios escucha y responde oraciones. Sí, Dios no falla a sus promesas; él escucha oraciones y responde a las mismas aun cuando no siempre como nosotros nos lo imaginamos.

**Objeciones:** Pese a todo lo antedicho se han levantado no pocas objeciones por mentes humanas en relación con la oración, objeciones que a veces han dejado perplejos a los mismos cristianos. Se dice que la oración no es científica ni efectiva, que es superflua e impertinente, que es algo supersticioso y necio, que lo que suponemos como respuestas a las oraciones es nada más que una cosa lógica, natural y elemental. Y aunque para nosotros estas objeciones pudieran parecernos superfluas, quisiera referirme a algunas de ellas, porque creo que será benéfico.



Se dice que la oración implica la interrupción del orden regular del universo. Dios ha establecido determinadas leyes por las cuales gobierna el universo, leyes fijas e inmutables.

Y cuando se ora, se quiere o pide que suceda algo que normalmente no ocurriría, algo contra el orden regular de los acontecimientos. Esto es pedir más de lo que se tiene derecho. ¿Cómo se puede pretender que todo el andamiaje del universo sea cambiado por el deseo de un particular? ¿Cómo se puede pretender que Dios viole sus mismas leyes para granjearnos un favor? El mundo no se guía por tales caprichos. Tiempo había, se dice, y no tan lejano todavía cuando era perdonable orar por lluvia o por buen tiempo, o por salud o por abundantes cosechas; pero en nuestra era científica ya no es más razonable hacer eso. El mundo está gobernado por leyes fijas e inamovibles como el Ser Supremo mismo, de manera que él mismo como supremo está sujeto a ellas y es inconcebible que éstas sean cambiadas por deseos o caprichos particulares .

Pero esto es algo completamente acientífico. El mundo en el cual vivimos no está gobernado **por** ciertas leyes sino **de acuerdo** a ciertas leyes; así como un juego de fútbol tiene reglas, pero el partido no se juega por las reglas sino de acuerdo a las reglas. Así también Dios gobierna el universo de acuerdo a leyes, pero él mismo no es gobernado por las leyes; tampoco el mundo es gobernado por las leyes, sino por Dios de acuerdo a determinadas leyes. Es por lo tanto inconcebible pensar a Dios como prisionero de sus mismas leyes. Estas son inmutables sólo en tanto Dios quiera que sean inmutables. Su voluntad las regula. Y hasta esta su voluntad es libre, de lo contrario él sería prisionero de su misma voluntad y Dios ya no sería más Dios. Su voluntad es libre, libre de actuar como quiere, libre hasta de ser influenciado por nuestras oraciones. Muchos ejemplos bíblicos de ello tenemos, entre otros los que se nos relata en 2 Rey. 13, 14-19 y en cap. 20.

Por eso mismo también Jesucristo nunca habla de estas dificultades. Habla sí de otras, de la falta de fe y de perseverancia, etc., faltas todas de parte del hombre. Bien sabía Jesús que nada era imposible para con Dios. Si hasta el hombre fue creado para señorear sobre la naturaleza y lo

hace; piensen en todos los inventos hechos por el hombre. ¿Cómo podemos esperar menos de Dios? Por eso podemos estar ante situaciones terribles, perplejos y sin salida alguna. Para Dios siempre hay todavía una salida. Por eso, esos son justamente los momentos apropiados para llevar esa dificultad ante el Señor. Y como un padre compasivo Dios nos oirá y ayudará, pues se deja influenciar por nuestras oraciones (Lc. 11, 13).

Otra objeción tiene relación con la providencia divina. Jesús dice: "Nuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas". Entonces dicen: ¿Por qué orar? Si total lo sabe todo, también nuestras necesidades y deseos. ¿Por qué molestarlo con ello? Pero un hijo de Dios no piensa así. La perfecta providencia de Dios es justamente lo que le hace atractivo a Dios; ora porque cree que Dios lo conoce todo, aun sus deseos más íntimos; de lo contrario, ¿qué seguridad tendría que sus peticiones llegaron a oídos de Dios? Qué rara sería aquella familia donde los hijos se sentirían impedidos a expresar sus deseos a sus padres porque éstos ya saben de sus necesidades.

Otros catalogan la oración como una intrusión impertinente en el gobierno divino, pues trata de sujetar la voluntad de Dios a la suya. Eso es una afrenta, dícese. Si tus deseos son buenos, Dios lo sabe y ya te los concederá; y si son malos, no merecen ser granjeados. Y hasta deberías avergonzarte de haberlas pronunciado. Así dicen, de cualquier modo es superflua la oración. Pero la oración no es algo impertinente, es una oración, no una demanda. Y aun cuando se ore con mucha perseverancia, ¿acaso no lo enseñó el Señor? Y por eso no es todavía una impertinencia. Dios gusta que persistamos, que perseveremos.

Otra objeción se levanta basándose en la insignificancia humana. ¿Qué es el hombre en el universo? Acá hoy en este pueblo estos cientos de jóvenes somos algo, pero uno solo ¿qué sería? Y hasta nosotros como conjunto en una ciudad pasaríamos desapercibidos; y si ya pasamos desapercibidos en una ciudad, ¿qué seríamos en nuestra patria, la Argentina? O, ampliando el círculo, ¿qué seríamos en nuestro continente, América? ¿O en el mundo? Nada. ¿Y qué es el mundo, dentro del cual nosotros no somos nada, en el universo?

Un puntito perdido. Los seres humanos han hecho ingentes esfuerzos por llegar a la luna y lo han celebrado como una gran conquista de la humanidad cuando los primeros astronautas pisaron la luna en 1969. Y la luna es el cuerpo celeste más cercano a la tierra. ¿Qué parecerá la tierra en el universo? La luz de la estrella Rigel tarda 450 años luz en alcanzarnos. ¡Cuán inmenso es el universo! ¡Cuán pequeña la tierra en esa inmensidad! Un puntito perdido. Y cuán pequeños nosotros, un puntito perdido en la tierra. Dentro de esta perspectiva es bien comprensible lo que escribe David: "¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?" Pero sigue diciendo: "Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies" (Sal. 8, 4-6). De todas las creaturas, grandes o pequeñas, el hombre es la corona, y aunque sea pequeña en el conjunto, Dios la considera. Y tanto la considera, que hasta envió por ella a su hijo unigénito. Y por eso, aunque seamos insignificantes, podemos y debemos acercarnos a él en oración como hijos amados a su amoroso Padre. De manera que aunque seamos insignificantes, no somos olvidados, desechados, despreciados.

Otra objeción tiene relación con los diferentes intereses de los seres humanos, de manera que lo que uno pide para sí puede ser malo para otro. Uno pedirá lluvia, pero otro tiempo bueno. Uno que sus ejércitos ganen, pero otro que los suyos. ¿Cómo puede Dios contestar las oraciones de ambos o siquiera la de uno de ellos? Se gusta contestar a ello a veces, que Dios ayuda al justo, pero esto es sólo una media verdad, o ¿acaso en la última guerra mundial que ganaron los aliados, éstos eran mejores que los alemanes? El conflicto de intereses se torna en un problema insoluble mientras no tiene en cuenta que toda oración cristiana por bendiciones materiales está condicionada por el "no se haga mi voluntad, sino la tuya". Sea lo que pida un cristiano en cosas temporales, pide que ello le sea rehusado si ello significaría una contravención de la voluntad divina. Y así no hay conflicto.

Otra objeción la encuentran muchos en la aparente inefi-

cia de la oración. No hay evidencia de su efectividad, sostienen. Por ejemplo, dicen, los cristianos de países cristianos oran pero ni sus países ni sus gobernantes son mejores que los otros. Padres cristianos oran por su hijo, pero éstos igual se accidentan, enferman y mueren como los demás. Soldados incrédulos mueren tanto como creyentes, chacareros cristianos no tienen mejores cosechas que sus vecinos incrédulos. Entonces, ¿qué aprovecha la oración? preguntan. Pero, en primer lugar, tan negativas como se las presenta no son las estadísticas. En segundo lugar, el cristiano somete esas cosas terrenales a la voluntad divina. En tercer lugar, aunque las estadísticas parecieran decir lo contrario, eso no le importuna, no lo mueve a dudar, sino sigue creyendo que Dios contesta oraciones, y esa es justamente su manera de contestarlas. Al final, la felicidad y el bienestar no se miden exclusivamente con la abundancia de bienes materiales, salud física, buenas cosechas, etc.

Posiblemente más de uno ya pensó o experimentó que sus oraciones nada solucionaban. Oraba y oraba y no había solución; la vida no se salvaba; la angustia no desaparecía; la carga permanecía pesada y opresiva como antes. Parecía que estuviéramos solos, clamando sin que nadie nos oyera. Pero en tal circunstancia Dios quiere que persistamos. Juan Bunyan en su libro "El Peregrino" informa que estaba leyendo la parábola de la viuda insistente y el juez injusto y comprendió que Dios por ello quería incitarlo a seguir orando. El diablo, dice, se le oponía, le sugería que ni la misericordia divina ni la sangre de Jesucristo venían al caso para él, ni le ayudaban de sus pecados, y que por eso era vano orar; pero él decía: Oraré. El diablo, continúa, le seguía sugiriendo, que su pecado era imperdonable; pero él se decía: Oraré. Y oró y mientras oraba decía: Señor, Satanás me dice que ni tu misericordia ni la sangre de Jesucristo son suficientes para salvar mi alma. Señor, ¿debo honrarte a ti creyendo que tú quieres y puedes, o a él creyendo que tú no quieres ni puedes? Señor, gustosamente te honraré a ti creyendo que tú quieres y puedes. En nuestras dudas acerca de la eficacia de la oración haremos bien en seguir el ejemplo de la perseverancia de Juan Bunyan. Ante todo aquello que quiera desalentarnos, digamos: Oraré. La mejor manera de

superar todo aquello que se nos interponga a la oración es orar.

Además, tengamos en cuenta que Dios a veces tiene que contestar con no a nuestras oraciones. Así también lo hizo con Pablo, hasta con Jesucristo en Getsemaní. Si se piensa que Dios a causa de su promesa está obligado a contestar afirmativamente toda petición nuestra estamos muy equivocados. Él es un padre que verdaderamente nos ama y como omnisciente que es sabe que redundará en nuestro bien verdadero y por eso mismo muchas veces está obligado a contestar con no una petición nuestra.

Muchas otras objeciones todavía se levantan en contra de la oración, objeciones basadas en la falta de experiencia de muchos en su vida religiosa y en el orar; objeciones por la dificultad de muchos de poder concentrarse en la oración de manera que su mente continuamente se extravía y piensa en otras cosas; objeciones basadas en la debilidad física de muchos de manera que apenas puedan formular sus peticiones en frases coherentes a veces apenas balbucear unas palabras; objeciones basadas en la falta de tiempo de muchos para sentarse y tomarse el tiempo para hablar tranquilamente a Dios sin estar corridos también allí por el tiempo. Pero no me referiré a ellas, pues pienso que he tocado las principales y además el tiempo apremia. Quiero recalcar sólo como punto final dos aspectos de la oración, aparte de la individual que considero sobreentendida de todo lo expuesto ya.

En primer lugar, la oración en el hogar. El hogar es un don del misericordioso creador. Su influencia es grandísima en la iglesia, la nación, el mundo entero. Por eso cada uno debiera pensar: "Yo y mi casa serviremos a Jehová" (Jos. 24, 15). Cuando jóvenes están por establecer un hogar y están haciendo sus planes futuros, debieran hacerlo en oración, porque si Dios no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican. Cuando Dios ha bendecido su hogar con hijos deben encarar la tarea de formación y educación de sus hijos en oración enseñándoles a su vez la oración, orando en común. Tales hogares darán a la iglesia y a la patria hombres y mujeres que realmente valgan.

En segundo lugar, la oración en común en la iglesia. Mu-

cho inconformismo suele haber en la iglesia, fundado uno, infundado otro. Se quisiera ver y tener otra iglesia, un algo más viviente, algo más activo. Cuando en el primer Pentecostés el Espíritu Santo vino sobre los discípulos con poder, ellos llegaron a ser una fuerza que trastornaba al mundo conocido entonces. Y esa fuerza también podemos conseguirla nosotros. Dice Jesucristo: "Si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Lc. 11, 13). La oración congregacional es de gran beneficio. Une los corazones y las mentes. Los aparta de pequeñeces particulares para elevarlos a un amor cristiano. La congregación suplica por su pastor y su trabajo, y todos en conjunto ruegan unos por otros por el crecimiento espiritual y por las necesidades especiales e individuales de cada uno. Y éstas no son sólo lindas palabras, sino la congregación que verdaderamente lo haga experimentará las bendiciones. Y lógicamente no será sólo por su congregación, sino también por las hermanas. Imagínense lo qué significaría por ejemplo para nuestra iglesia en la Argentina si todas las congregaciones oraran verdaderamente unas por otras y por el trabajo en común. ¡Qué fuerza sería esa! Seríamos cual un ejército poderoso que incontenible avanza de victoria en victoria por aquel que por ellos murió. Por eso, nosotros como congregaciones y como iglesia, como jóvenes representantes de ella, hemos de orar: "Señor, enséñanos a orar".

**J. G. Berndt**

Trabajo presentado a los jóvenes presentes en el V Encuentro Regional de Jóvenes Luteranos, en Darregueira el 11 y 12 de noviembre de 1972.

---

**¿Sabía Ud. que la renovación es más urgente que la unión?** A esta conclusión llegó el profesor holandés Dr. Lindijer, que en un folleto titulado "Aquí estamos, ¿Qué haremos ahora?" se pronuncia a favor de la independencia de la iglesia luterana. Para una unión orgánica, así afirma, le faltaría la otra parte apropiada. Con quien quiera ella se uniera, ello se haría a costa de un gran número de luteranos, que con esto serían confundidos en su conciencia.